

# Vicente Gerbasi: Edades Perdidas

Manuel Ruano

LOS riesgos y las alabanzas, ante todo, son parte de la poesía. Y en ella, en efecto, se funda esa región dramática de la memoria en donde se debate la vida y la muerte, las resonancias del bien y del mal (instante del verbo que se une al traficante de sortilegios, al personaje edénico o a los resplandores milenarios) que pueden tener, eso es, su corpus glorioso a través de los tiempos, de las escrituras remotas que predicen una legendaria aventura. Tener, acaso, esa impresión nostálgica de las épocas "cuando se oscurecen/ las olas rojas/ del diluvio", con su fragancia fúnebre; las fundaciones olvidadas con sus ritos; la celebración, pues, del universo entero y sus ciudades ardientes, cuya conclusión inmediata es (no puede ser otra) que esa "música que oye el tiempo", retenida para sí e incapaz de escapar al deslumbramiento de una metáfora que no guarda otro secreto, ni otra virtud, que la de protagonizar a pesar de todo, una cronología perdida. Entonces, con la fidelidad de ese único testigo que añora siempre la voluntad del que emigra, buscando los restos, los fragmentos de una civilización ignorada, el poeta recrea sobre el pasado una austera teología onírica que exige del misterio un cuestionamiento mayor, una razón posible que deje constancia de su propia desolación interior. Así, creo, Gerbasi lo da a entender en "Deshielo": "La tempestad desordena las nubes/ que agitan el reino de las montañas/ Vestimos pieles de espesa pelambre/ negra y blanca y color de ardilla,/ viendo bajo los avellanos/ caer los últimos copos de nieve/ en la memoria cavernaria de un invierno/ ensangrentado de oscuras cacerías". ¿Podría hablarse aquí de un anuncio o de una evocación repentina del recuerdo? ¿Podría hablarse de una pedrería sagrada? Por fortuna, el desconcierto y la lucidez del poema hacen visible un trasfondo angustiante, terrible, que pone al sobreviviente en un estado de alerta ante el peligro de la realidad agazapada. De un miedo amenazante, que es tan antiguo como la propia e intransferible existencia. Y la escritura propone, con todo, su juego criptográfico, en la certera vocación de un sueño, que vuelve y hace necesario cada momento, cada abandono, cada temprano alejamiento. Pero, por medio de ese rescate feroz que el presente permite (tal vez reordene) aparece el inventario determinante, esto es, la semblanza del amor, la nostalgia, el rencor, presumiblemente el remordimiento, que, poco a poco, se perfilan como los habitantes perpetuos de un lenguaje. Una manera de decir, cuya temática deja escuchar los ecos extraviados de los amaneceros, los paisajes apocalípticos o el júbilo cierto que sobreviene a cualquier crisis: "Mi memoria está en el agua/ pantanosa de la iguana/ que abre sus ojos/ en una era sudorosa del mundo./ Árboles morados de soledad/ mueven el anochecer/ y todo color/ se parece al alma/ perpleja de los primeros planetas". (De "Cosmos", página 7).

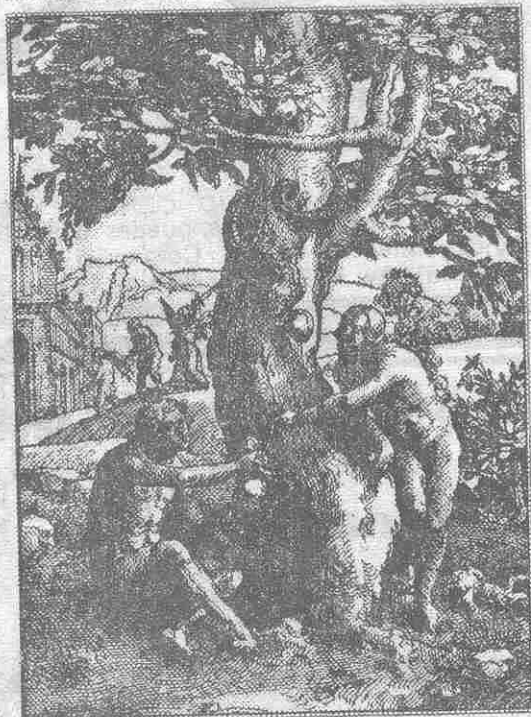
Este sentido liberador, lo sé, de una pulposa fuente de presagios con los que el poeta Vicente Gerbasi inicia *Edades perdidas*, es el intento de recuperar una retrospectiva milagrosa, que obstinadamente insiste en reconocer los lugares y las leyendas, con aquel entusiasmo tenaz de un monólogo múltiple que abarca todo lo cotidiano.

Acontecer adánico y silencioso, claro está, que parece descubrir de pronto un nuevo Jardín de las Delicias y estampa, es verdad, una imaginaria veraz, que ya como hechizo o ya como fatalidad, presuponen un sacudimiento íntimo, lúdico, cuestionador.

En cierto modo, este peregrinaje desde los orígenes (donde todavía resplandece en un sentido alegórico el Paraíso con el hombre y la mujer) para dejar al descubierto, rigurosamente, un temperamento sedentario que añora una anátesis, cuya trascendencia cósmica y heroica se precipita en una geografía silvestre, rústica, insinuándose en una praxis sensualista que escoge la fugacidad luminosa de un tiempo y predice la desarmonía de su perspectiva futura. De esta manera, pues, el devenir del hombre coincide, ahora, con lo que ha sido desde aquel entonces, su error. Y en la descripción posterior que el poeta rehace de aquel escenario prehistórico, dice: "El hombre y la mujer/ desde la cueva/ ven oscuras rocas/ que ocultan fieras al amanecer./ busean las armas/ de leñ y piedra/ que ellos han labrado/ en la paciencia de los días./ Peñascos, árboles caídos./ insectos desproporcionados./ salen de la noche/ y una luz de siglos/ ilumina una flor solitaria./ En una laguna caen reflejos/ de mercurio./ El hombre y la mujer combaten/ mientras los niños duermen". (De "Padres e hijos", pág. 15).

En aquella diversidad de imágenes que van configurando el rastreo pastoral, en el que la naturaleza es la confidente pasiva, obediente, sumisa, de lo que el poeta simboliza a lo largo de sus versos, tiene, así, la posibilidad de aparecer como el resultado de una alternativa mágica, misteriosa, a la vez que caudal inagotable de las más insospechadas costumbres. Buenos ejemplos de ese acontecimiento, lo registran poemas como "El Faraón" ("Los sacerdotes escribieron/ el Libro de los Muertos/ con planetas/ cultos ríos/ donde la noche/ hunde casas deshabitadas") en otros, sin embargo, todavía prevalece el carácter bíblico, las pasiones se-

## VICENTE GERBASI EDADES PERDIDAS



MONTE AVILA EDITORES

cretas de la noche o de efecto tan expresivo como el que retrata el poema "Día" y hasta supongo, "Cobre pulido", en el que pudiera adivinarse, sin duda, las precipitadas "cumbres que se iluminan/ con el alba". Enseguida, asoman también paisajes espontáneos y sencillos como el que encierra, en efecto, "A orillas del Orinoco", "El Avila" y hasta el que trasluce la imagen del célebre Armando Reverón: "La playa es un cristal de mediodía/ que anula los colores/ Solo en el fondo del espejo/ se hunde el fantasma/ de una acacia en flor./ Esta es la bahía/ pintada en su casa de palmas./ Los ojos de sus muñecas/ me miran como girasoles". Quizás, sea éste, uno de los poemas que concentran un brillo especial. Es decir, que traduce un espejismo de fantasía y color más pronunciado. Con una suerte de extrañeza y celebración, convergen en *Edades perdidas*, textos como "Adolescencia en la playa", "Azul", "El día de locos" y "Autorretrato" que manifiestan un lirismo refinado fiel a su autor. Asimismo, en "Frente apoyada en la mesa", señala lo siguiente: "Frente pesada/ que apoya sobre la mesa/ su memoria de hueso// Los viejos cráneos/ tienen un amarillo terroso/ que nadie adivina/ en el trabajo/ de los hortelanos.// De mis antepasados/ recuerdo las praderas.// Mis padres dejar sus trajes/ colgados entre telarañas oscuras". No obstante, ese tópico vuelve a remarcar el crepúsculo, el ocaso de los seres queridos en una dimensión de cierta agonía interior. Y a propósito de esto, hay rasgos que denotan un imperativo preocupante y silencioso. ¿Será entonces la máscara de la muerte? Quizá. Pero esta circunstancia aparece una y otra vez, a veces en la fisonomía de una civilización agónica en perpetuo exterminio.

Necesariamente, el poeta se reubica frente a la historia con una excitación que proviene de aquellas resonancias del bien y del mal, de la luz y la sombra; aunque tal vez —en instantes— prefiera el ocultamiento. La perspectiva también sugerente, admite la recurrencia fantástica de la que alguna vez advierte W.B. Yeats: "...como si el logro más noble del arte no fuera cuando el artista se envuelve de oscuridad mientras proyecta sobre sus lectores una luz parecida a la de un amanecer salvaje y terrible". En realidad, el conjunto de poemas que conforman *Edades perdidas*, estructuran un descarnado y dramático compendio de la existencia humana, que, por lo demás, logra el ritmo compacto y la cadencia inconfundible del gran poeta venezolano. Inaugurando, a la vez que un desafío, un conciencia de alarma que está emmarcada en la "regard absolu" de un anecdótico lírico poco común. O sea, el presagio de la vida y la muerte en una sonata implacable.

Nota: *Edades perdidas*, de Vicente Gerbasi, Monte Avila Editores, Caracas, 1981.